

Medicina y literatura

Prof. José Pedro Díaz*

Palabras clave: *Medicina.*
Literatura.
Muerte.

La invitación de ustedes proponiendo esta reunión para tratar de las relaciones entre las letras y la medicina, es, antes que nada, una excelente oportunidad para revisar nuestra experiencia de lectores, y un desafío particularmente excitante para todos, para ustedes y para nosotros, sobre todo si tenemos en cuenta que no son pocos ni los escritores que se nutrieron de la experiencia que ofrecen las disciplinas médicas, ni tan escasos los ejemplos de médicos para quienes las letras fueron parte importante, y algunas veces muy destacada, de su quehacer.

Como veremos, para algunos escritores fue muy significativo lo que pudo aportarles la medicina como saber y, en ocasiones, aun como práctica. Por su parte tampoco son pocos los médicos que hallaron en las letras el campo que les permitiera completar esa vocación humanística que siempre está presente, en algún grado, en la tarea del médico. Es cierto que al médico se le requiere sobre todo cuando necesitamos su ayuda para entendernos con nuestro cuerpo; pero eso no significa que en todos los casos el médico pueda realizar su tarea atendiendo *sólo* al cuerpo —aunque conviene no olvidar que el fundamento último de lo que somos es también, precisamente, nuestro cuerpo—. Y en cuanto al escritor, su asunto es siempre, de una u otra manera, el hombre, y muy a menudo ese hombre doliente que atiende el médico. Para los dos el ser humano está siempre en el centro: él es, en definitiva, el lugar de encuentro de ambas series de disciplinas, las médicas y las literarias.

Es bien sabido que las aventuras imaginarias que nos ofrecen los novelistas, los escritores, los poetas, están

bordeando frecuentemente asuntos que son cardinales de la experiencia médica. ¿Qué tema más frecuente en las novelas, en las narraciones, en los poemas, que la muerte, ese filo en el que culmina o se disuelve el destino de cada hombre, y que es un punto clave para todos, ya que nos anula y nos completa a la vez? Veremos más tarde cómo, en algunas raras y casi milagrosas circunstancias, en ese punto preciso, tan dramático y doloroso, pudo también ocurrir un encuentro feliz entre un escritor y un médico. Eso ocurrió en una ocasión notable que acaso podamos evocar luego.

Así pues la muerte es sin duda la situación extrema que solicita tanto la atención del médico como la del escritor, y acaso es eso lo que hizo que tantos médicos se hayan dedicado también a las letras, y que tantos escritores hayan otorgado a su vez tanta atención a la medicina.

La primera evidencia de ello nos la ofrece la antigüedad. Es precisamente a propósito de la muerte que tenemos los ejemplos más lejanos de vinculación entre la literatura y la medicina. Me refiero al conocimiento médico que revela la mera lectura del más antiguo de los poetas de Occidente, Homero. Es algo que no omiten consignar los estudiosos de historia de la medicina. Todos ellos han señalado la notable precisión con que Homero describe, en ocasiones, las heridas que se infligen los héroes que canta en sus poemas.

Véase, por ejemplo, un pasaje del Canto IX de la *Ilíada* donde se cuenta cómo Agamenón, rey de los aqueos, fue atacado por Oileo, a quien enfrenta y mata. El poeta dice: "*Oileo se lanzó contra él; pero en medio de su ataque, Agamenón lo golpeó con su aguda lanza entre las dos cejas, y el macizo bronce del casco no detuvo al hierro; la punta atravesó la visera, después el hueso de la frente y desgarró dentro todo el cerebro; y Oileo cayó en plena arremetida*".

Hay también abundantes ejemplos de este saber médico en otros lugares de la obra homérica; es muy notorio

* Director del Depto de Letras Modernas - Facultad de Humanidades Catedrático de Literatura Francesa. Facultad de Humanidades.

Correspondencia: José P. Díaz. María Espinola 1619

C.P. 11.400 Montevideo.

Presentado 10/1/94

Aceptado 14/3/94

Redacción posterior de la conferencia dictada en las Clínicas Médicas de la Dra. Rosa Nisky (Médica 2) y del Dr. Ricardo Elena (Médica B). Facultad de Medicina, Universidad de la República.

éste que se halla en el Canto IV, allí donde se describe la muerte de Dioces Amanicida, quien "*herido en el tobillo derecho por la puntiaguda piedra que le tiró Piro el Ibásida, caudillo de los tracios, que había llegado de Eno —la insolente piedra le rompió ambos tendones y el hueso—, cayó de espaldas, en el polvo, y expirante tendía los brazos a sus camaradas cuando el mismo Piro, que le había herido, acudió presuroso y le hirió nuevamente con la lanza junto al ombligo; derramáronse los intestinos y las tinieblas velaron los ojos del guerrero*".

Es evidente que el conocimiento de los hechos más críticos de la vida, esto es, las enfermedades, las heridas, y la muerte misma, son de particular interés para los narradores, desde Homero hasta Hemingway. Por eso podría decirse que el acto médico es, casi por definición, de interés literario: piénsese simplemente en la tensión del médico ante el paciente cuyos signos y síntomas no puede todavía correlacionar satisfactoriamente, de modo de reconocer la enfermedad de que se trata, y piénsese en la angustia del paciente, en la tensión que él vive por su parte, mientras siente que su futuro está encerrado todavía en el pensamiento del médico que, en silencio, y mientras realiza operaciones cuyo sentido no puede el paciente descubrir, está preparando su *vaticinio*, las palabras que le anuncien un futuro que no está en su mano...

Sí, el acto médico es casi siempre de interés literario; pero también es cierta la afirmación recíproca: hay páginas literarias que equivalen a un acto médico. No hay más que leer el fin de "*Mme. Bovary*", en la novela homónima de Flaubert, para comprobarlo. Allí el autor hace sentir el horror de la muerte por envenenamiento de arsénico en una página que es memorable como escritura, pero cuya nítida precisión hace que ella también sea un notable ejemplo de descripción técnica de la agonía provocada por ese veneno.

Es cierto que Flaubert era hijo y nieto de médicos, y que durante su infancia vivió con su familia en el hospital en el que trabajaba su padre, quien pudo regañarlo alguna vez cuando intentaba ver por una ventana cómo hacía una disección. Pero no es eso lo que hace que aludamos hoy a su interés por la medicina, él mismo advirtió más adelante cómo en algunos escritores se siente la carencia de un ángulo de mirada sobre el acontecer humano que los médicos, o que al menos algunos médicos poseen, y que es necesario a un escritor. Ya volveremos sobre esto.

Recordemos todavía otros ejemplos: también el padre de Hemingway fue un médico, pero no creo que sea por eso que encontramos frecuentemente en su obra escenas en las que también se dan situaciones médicas. Y eso no sólo ocurre en algunos de sus primeros cuentos, como en "*Campamento indio*", donde evoca un episodio autobiográfico en el que el joven Nick acompaña a su padre que

debe atender un parto difícil en un poblado indio. Allí la terrible violencia de la escena en la que el médico debe hacer una cesárea sólo con una navaja y sin anestesia, y los desesperados gritos de la mujer, hacen que su esposo indio, que no los puede soportar, se suicide degollándose en su camastro mientras nace el niño. Es una *escena de iniciación* para el joven hijo del médico. Esa iniciación para la muerte junto al nacimiento se corresponde con el temple general de la obra de Hemingway. La atención puesta en similar situación extrema es la que domina también en el notable relato "*Las nieves del Kilimanjaro*", centrado en la evolución de la gangrena que ha de terminar con la vida del protagonista, un escritor que ve progresar su enfermedad mientras repasa aquellos momentos de su vida que habrían podido ser temas de las obras que ya no podrá escribir.

No tengo que demorarme en otros ejemplos, pero se me hace difícil no mencionar siquiera otra de las figuras cardinales de las letras modernas, Thomas Mann, una de cuyas obras mayores, "*La montaña mágica*", ocurre toda ella en un sanatorio de montaña, en Davos, Suiza, donde el autor tuvo que pasar un largo período para acompañar a su esposa enferma. La enfermedad, la mirada médica a que aludimos, es asunto central, por supuesto, de esa obra que sólo puedo mencionar aquí.

Y tampoco es esa la única obra de Thomas Mann en la que medicina y enfermedad están presentes integrando el tema de la obra y a menudo como asunto central. Así ocurre en otras varias, en especial en una de las últimas y de las más importantes, su "*Doktor Faustus*", donde, en uno de sus pasajes fundamentales, el protagonista, Adrian Leverkühn, un genio musical *diabólicamente* renovador, mantiene una conversación con el demonio, quien comenta y valora la presencia en él, en el mismo músico, de la *Spirochaeta pallida*, el treponema de la sífilis; la enfermedad aparece en ese caso como motivando la exaltación propiamente *demoníaca* de aquel creador.

Y aún podríamos seguir evocando ejemplos en los que, de uno u otro modo, diferentes aspectos de la medicina aparecen integrando una obra literaria. Y para que no falte aquí un ejemplo de nuestra propia literatura, puedo recordar algún pasaje de la obra de J.C. Onetti, como, por ejemplo, la descripción de la autopsia con la que culmina su relato *La cara de la desgracia*, o las huellas de la operación que padece Gertrudis en *La vida breve*. Y ya en la obra de Onetti es imposible no señalar la importancia omnipresente que en esa larga saga de Santa María tiene el Dr. Díaz Grey, cuyo punto de vista tiende a identificarse, en ocasiones, con el del narrador, lo que nos obliga a recordar otra vez el punto de vista médico, *la mirada médica*, a que aludió Flaubert, que alcanzaría aquí otra dimensión.

La mención de los diferentes ejemplos que pudimos señalar, todos ellos pertenecientes a obras del más alto nivel, hace evidente la existencia de una cierta correspondencia entre algunos aspectos de las disciplinas médicas y otros de las tareas del escritor.

Pero si eso es así por la índole misma de las actitudes de quienes ejercen esas diferentes disciplinas, todavía podemos agregar que hay también otro aspecto que las vincula y que tiene que ver con su presencia en la sociedad. Para hacerlo sentir mejor aludiremos a él con referencia a la antigüedad, a los tiempos en que un prestigio similar envolvía a ambos y los ensalzaba, destacando tanto en uno como en otro, tanto en el poeta como en el brujo, un similar del dominio sobre lo desconocido; cuando eran casi lo mismo el poeta, el profeta y el mago.

Aún ahora tiene el médico, en su función social, un atributo de excepción: el de ser quien, delante de nosotros, nos dice, de nosotros mismos, lo que nosotros no sabemos. Es el que nos habla de hechos desconocidos que ocurren en nosotros, de procesos que nos hacen padecer y que acaso él podrá enmendar para que no padezcamos. Es un hecho que para el lego que somos todos ante el saber médico, éste otorga a quienes lo poseen un estatuto especial: su presencia en la vida cotidiana queda investida de ese estatuto. Eso hace que el médico forme parte de una serie aparte de los integrantes de la sociedad.

Es evidente que en la vida de todas las comunidades hay personas que quedan separadas de las demás por circunstancias y por calidades especiales; hay presencias que tienen un valor mágico: han sido investidas por la sociedad, es algo aceptado por todos, o por la inmensa mayoría, y ello hace que esos individuos lleven consigo una carga mágica. Puede tratarse de autoridades políticas elegidas por toda la ciudadanía, o de hombres muy destacados en una tarea pública; el hecho es que la sociedad les otorga ese estatuto especial, los inviste de un poder que va más allá de su persona, y acaso aún de su voluntad, pero que la opinión de los demás, y simplemente porque fijan en él su atención, o porque confían en él, hace que tenga un valor superior, un valor mágico, que ha sido estudiado cuidadosamente.

Esto está vinculado aun a otras características que permiten advertir cierto parentesco entre el médico y esas personas que se destacan del conjunto de los ciudadanos, entre las que se encuentran ocasionalmente algunos creadores literarios. Aunque amortiguadísima en la vida contemporánea, pero con significación todavía, es cierto que hay ocasiones en que la imagen del gran escritor, queda realizada, destacada como singular. Se lo supone algo diferente del ciudadano común. Son restos, apenas huellas que aún quedan de la representatividad que tenía otrora el poeta, el *vates*, en la antigüedad, cuando la palabra que

lo designaba, señalaba también a quien anunciaba lo que habría de ocurrir, lo que se sabría por sus *vaticinios*.

No debe olvidarse aquí que algunos de los principios básicos de la magia fueron también fundamento de algunas de las primeras actividades médicas. Así, el principio básico de la magia imitativa, el principio de que "lo semejante opera sobre lo semejante" es el mismo principio que subyace tanto en la comparación literaria como en la metáfora. Hace mucho tiempo escribí sobre ello un pequeño ensayo titulado *Poesía y magia* en el que estudiaba precisamente esos esquemas básicos que muestran cómo en los orígenes de actividades tan diferentes se encuentran principios que fueron comunes.

Esto ha sido estudiado precisamente, entre otros, por un notable médico, el Dr. Arturo Castiglioni, quien fuera profesor de Historia de la Medicina en la Universidad de Yale y quien, en su excelente libro *Encantamiento y magia*, recuerda cómo "Plinio afirma que ya en los tiempos antiguos se sabía que los que comían una víbora viva se inmunizaban contra los efectos de su mordida, y partiendo de esta idea, la carne y otros órganos de la víbora juegan un papel importante en la antigua terapéutica" (página 20).

Algo del mago lo vinculaba así a la condición del médico, es algo que está todavía presente en nuestros trabajadores de la salud, tanto por lo que el paciente piensa que puede hacer —algo en definitiva ininteligible para él—, como por lo que podrá anunciar, ya sea fásico o nefásico, benéfico o terrible, y también por su modo de actuar; de modo que aun sin desearlo, sus circunstancias sitúan al médico en un enclave social en el que algo de la condición del mago, en su acepción fuerte, de brujo, se mantiene.

No hay duda de que los modos habituales de la conducta profesional del médico frente al paciente, tanto en la relación con sus colegas como con el mismo paciente repiten circunstancias que son características de las operaciones del brujo; su lenguaje no común, casi de fórmulas cabalísticas, inaplicable a la vida cotidiana y sólo válido para la relación con sus iguales, convierte su habla en un lenguaje secreto; algo similar ocurre con sus manoseos y palpaciones sobre su paciente, acompañados a menudo de las preguntas, a veces sorprendentes, con las que procura orientar la anamnesis. Todo ello, que responde a una orientación de búsqueda por caminos difícilmente visibles para el enfermo, hace que su actuación sea enigmática, y en realidad secreta. Por eso todo el aspecto exterior de la conducta médica fue insistentemente tratado por narradores y dramaturgos. Estos hicieron de ese punto tema propicio para la crítica burlona, sobre todo durante los tiempos en los que las ciencias médicas eran todavía de limitado alcance y se movían entre pocas cer-

tidumbres.

Los ejemplos a citar son ilustres. En ellos domina, desde luego, la burla sobre aquellas actitudes exteriores de la presencia y de la conducta de los médicos que fueron sin duda lo más aparente de su condición en los tiempos en que aún era vacilante su orientación científica. Es útil mencionar aquí fechas. En 1615, un año antes de la muerte de Cervantes, Harvey dictó una conferencia en Lumbe de la que se conservan sus notas, y en ellas se lee el pasaje famoso: "*La estructura del corazón demuestra con claridad que la sangre pasa continuamente a la aorta a través de los pulmones como por las dos válvulas de un fuelle para levantar agua. [...] De lo que se deduce que el movimiento de la sangre se realiza en un circuito constante, movido por los latidos del corazón*".

Y bien; si por un lado se estaban dando ya pasos como éste del brillante trabajo de Harvey, por otro, en la vida común, la mayoría de los médicos se presentaban como personajes que operaban presuntuosamente, refugiados en el misterio de sus latines y de sus gestos aparatosos. Con ese aspecto aparecen frecuentemente en las obras de nuestros clásicos. Así aparecen en Molière, así habían aparecido, aunque más prudentemente, en Cervantes.

En aquel mismo año de 1615 publicaba Cervantes la *Segunda parte* del Quijote, y allí contaba cómo, cuando Sancho Panza fue gobernador de la ínsula Barataria, el primer día que le sirvieron su almuerzo como gobernador, se encontró acompañado, entre otros, de un caballero con aires de importancia quien, a cada plato que le servían, decía algún latinazgo, tocaba el plato con una varilla y al momento se lo retiraba. Y así hasta que Sancho pide explicaciones y el caballero le responde que en su calidad de médico debe atender a su salud y que por eso impide que coma lo que podría hacerle mal, y así continúa hasta que el gobernador estalla diciéndole: "*Pues quíteseme luego de delante, si no, voto al sol que tome un garrote, y que a garrotazos, comenzando por él, no me ha de quedar médico en toda la ínsula, a lo menos, de aquellos que yo entienda que son ignorantes; que a los médicos sabios, prudentes y discretos, los pondré sobre mi cabeza y los honraré como a personas divinas*" (II, XLVII). Equilibra así Cervantes, como ven, la censura para unos con el elogio para otros.

Mucho más violento y sarcástico fue Molière con los médicos. Ello no obstante sabía y respetaba los progresos de la ciencia médica, pero odiaba todo el aparataje verbal vacío de una medicina que veía ejercer con torpeza e impunidad. Su experiencia de sufrido paciente le hacía tener muy presente sin duda la mala medicina. Fue ya muy adelantado aquel siglo XVI en que se publicó el Quijote, cuando, en 1673, murió Molière. Y fue apenas después de actuar por última vez en su *Enfermo imagi-*

nario, pieza en la que él mismo hacía ese papel, padeciendo una enfermedad que ya no era imaginaria, y que terminó con él un par de horas más tarde.

Sin embargo, mucho antes de Molière, mucho antes de Cervantes, hubo un escritor en nuestra lengua que tuvo en cuenta precisamente un aspecto del pensamiento médico cuando se puso a trabajar en su obra literaria más importante, y una de las más importantes de su siglo en la literatura española. Me estoy refiriendo a Don Juan Manuel, sobrino del rey Alfonso el Sabio, que vivió entre 1282 y 1348 y escribió en ese siglo XIV una de nuestras primeras colecciones de cuentos en el que llamó su *Libro de las enxiemplos del Conde Lucanor et de Patronio*. Y en uno de los prólogos de ese hermoso libro, fechado en 1335, expone su plan literario y su intención moral, pero también nos hace ver cómo lo realizó guiado por un pensamiento que tomó de las disciplinas médicas, porque escribe: "*Fiz este libro, compuesto de las más apuestas palabras que yo pude, et entre las palabras entemetí algunos enxiemplos de que se podrán aprovechar los que los oyeren. Et esto fiz según la manera que fazen los físicos [esto es: los médicos], que cuando quieren fazer alguna melezina que aproveche al figado, por razón que naturalmente el figado se paga de las cosas dulces, mesclan, con aquella melezina que quiere melezinar el figado, açúcar o miel o alguna cosa dulce; et por el pagamiento que el figado ha de la cosa dulce, en tirándole para sí, lleva con ella la melezina quel'ha de aprovechar*". Y así el propósito del infante Juan Manuel, que es, en definitiva, el de "enseñar deleitando", lo cumple con el ejemplo de los médicos, a quienes vio usar de los dulces que placen al figado para hacer que llegue a él la necesaria *melezina*.

Las relaciones que señalamos entre las letras y las ciencias médicas están también presentes en otros momentos más cercanos de la historia, pero seguramente fue hacia fines del siglo XVIII y comienzos del XIX cuando fueron más estrechas y evidentes y cuando tuvieron una fuerza dinamizadora también sobre el pensamiento literario o, si se quiere, sobre las realizaciones literarias.

Señalemos en primer lugar que ya en el siglo XVIII, las realizaciones de ese siglo, el notable trabajo de los grandes precursores del desarrollo que tendrán en las décadas siguientes las ciencias de la naturaleza, muestran enlazada la tarea de los investigadores científicos con la de los escritores: uno de los excelentes ejemplos de escritores que ese siglo XVIII ofrece es el de la inmensa obra científica de Buffon, el autor de la notable *Historia natural*, que no sólo es la obra de un naturalista, sino, también, la obra de un gran escritor quien, al ser elegido miembro de la Academia Francesa, ingresó a ella dando lectura a su famoso *Discurso sobre el estilo*.

Esa notable obra de Buffon significó un decisivo aporte a las ciencias de la naturaleza; en ella se analizan formas y correspondencias entre los diferentes animales, que ya están ofreciendo elementos para la formación de las doctrinas evolucionistas que aparecen al despuntar el siglo XIX. Pero esa gran obra es también una de las realizaciones literarias más importantes del siglo. Esta confluencia de intereses diferentes se dio con frecuencia en algunos grandes creadores de la época.

El pensamiento de los escritores está entonces y ya desde mediados del siglo XVIII, muy atento a los puntos de vista nuevos que van integrando las nuevas investigaciones en las ciencias de la naturaleza. Y aquí es forzoso evocar la figura del más grande autor del período, Goethe, el autor del *Fausto*, quien recibió durante su juventud el influjo de muchas corrientes de pensamiento esotéricas, pero que luego fue incorporando también, progresivamente, los diferentes aportes que pudo recibir del campo de las ciencias naturales, entonces en fermentación.

Desde nuestro punto de vista no podemos dejar de señalar que precisamente en su obra más importante, el *Fausto* y en una de sus primeras páginas, la meditación del protagonista, que en definitiva es un médico, parte de la evocación de unas palabras del famoso primer aforismo del "Corpus hipocrático": "vita brevis, ars longa" (breve es la vida, largo el arte), y allí se queda la cita de Goethe. Veremos más adelante hasta qué punto puede ser interesante completar esta cita. Por lo pronto subrayemos que se trata de un texto griego de práctica médica de fines del siglo V antes de Cristo. Ya volveremos a él.

Mientras Goethe escribe esta obra, en la que trabajó prácticamente durante toda su vida, ocurre el desarrollo de una importante serie de estudios sobre ciencias naturales que no solo Goethe, también otros muchos escritores siguieron con apasionado interés. Ya Buffon había llamado la atención sobre las extraordinarias correspondencias que pueden advertirse entre animales de diferentes especies, como el asno y el caballo, por ejemplo. No estaba entonces muy lejos el momento en que se iniciaría el pensamiento evolucionista. Goethe mismo fue también autor de un tratado sobre las "*Metamorfosis de las plantas*" donde se afirma que pudo haber un tipo primitivo del que habrían derivado formas diferentes: es la idea de la *Urplanz*, la *protoplanta*; y a propósito de los animales afirmó que en ellos "*todas las partes se modelan según leyes eternas, y toda forma, por extraordinaria que sea, lleva consigo el tipo primitivo. La estructura del animal determina sus hábitos; y su género de vida, por su parte, reacciona potentemente sobre todas las formas. De ese modo se revela la regularidad del progreso que tiende al cambio bajo la presión del medio*". Y esto es Goethe quien lo escribió, y no ninguno de los evolucionistas del

siglo XIX.

Es evidente que tuvieron gran importancia en su vida intelectual tanto sus trabajos sobre botánica como los que llevó a cabo en el campo de la anatomía comparada, donde se destacó por la descripción del hueso intermaxilar en el hombre y, más tarde, por su estudio sobre los huesos del cráneo y sus relaciones con la columna vertebral.

Pero no era sólo Goethe quien recibía el influjo del interés que suscitaba, entre los escritores, la intensa actividad que reinaba en la ciencias naturales. Es precisamente Balzac quien, en el prefacio de *La Comedia Humana*, evoca expresamente el entusiasmo de Goethe por sus estudios en ese campo y refiere cómo se interesaba vivamente siguiendo el debate que mantenían, en la Academia de Ciencias, Cuvier y Geoffroy Saint-Hilaire, "*cuyo triunfo – recuerda Balzac – fue saludado por el último artículo que escribió el gran Goethe*".

Balzac es justamente otro de los escritores en quienes es evidente el influjo del pensamiento de los grandes naturalistas de su tiempo. Como es sabido, la mayor parte del inmenso conjunto de novelas que Balzac escribió quedaron integradas en su obra de conjunto, *La Comedia Humana*, en la que reunió hasta casi un centenar de novelas, y en el Prefacio que inicia ese conjunto Balzac explica cómo aplicó a la vida social lo que enseñan las ciencias naturales a propósito de la vida vegetal y animal. Y así llega a preguntarse: "*¿La sociedad no hace del hombre, según los medios en que su acción se despliega, tantos hombres diferentes como variedades hay en zoología?*" Y todo ello apoyado por extensas y entusiastas lecturas de los naturalistas que pudo consultar. Así es de extensa la serie de hombres destacados en ese campo que cita en aquel prólogo. Allí se nombra, además de los ya mencionados Cuvier y Geoffroy Saint-Hilaire, a Buffon, en quien pudo ver una prefiguración del transformismo, a Charles Bonnet, otro de aquellos que, al ocuparse de la generación de los seres vivos, consideraron la continuidad de un principio básico que en cada individuo se desarrollaría diferentemente. También se ocupó de J.T. Needham, el naturalista inglés que colaboró en ocasiones con Buffon haciendo observaciones al microscopio, y que suponía que un vegetal podría llegar a ser origen de un animal por virtud de lo que llamó la *fuerza vegetativa*. El hecho de que también cite, junto a estos – y a otros que no me detengo a enumerar –, a místicos como E. Swedenborg o Claude de Saint-Martin, no invalida la evidente presencia y el claro influjo que sobre su obra tuvo el pensamiento de los naturalistas mencionados.

En consecuencia es muy natural que los médicos, que son sin duda aquellos cuya significación en la vida social deriva de su saber en aquel campo de conocimientos, tengan también un papel preponderante en *La Comedia Hu-*

mana. Entre ellos se destacan sobre todos los demás dos, que tienen en esa obra tratamiento muy especial. Ellos son Benassis y Bianchon.

El primero de ellos es el encargado de hacer conocer, en una de sus novelas, los principios políticos de Balzac. Este no es el lugar de exponerlos a mi vez, pero sí es adecuado poner de manifiesto que eligió precisamente a un médico para exponer su pensamiento sobre esos temas y precisamente a aquel de quien nos hizo ver, en su novela *El Médico de Campaña*, cómo ese personaje dudó un tiempo entre dedicar su vida al sacerdocio o a la medicina, y cómo luego, cuando se decidió por esta última, hizo de su ejercicio un verdadero sacerdocio. Sólo después de destacar su personalidad y su prestigio de ese modo, puso Balzac en su boca la exposición de algunas de las ideas sobre sociedad y política que le eran más caras.

En cuanto al otro médico, Bianchon, es uno de los personajes que figura en un mayor número de novelas. Así se le ve desde su época de estudiante, cuando asistió, llamado por su amigo Rastignac para atender a Papá Goriot en su última enfermedad. Fue asistente de Dupuytren y llegó a su madurez como médico famoso. Y por último, también apareció, según algunos biógrafos, en los últimos momentos de la vida del propio Balzac, quien, gravemente enfermo, cuando dejó de creer que quienes lo estaban tratando pudieran curarlo, pidió que llamaran a aquel que él había inventado y del que bien sabía, por lo tanto, que era realmente un gran médico: "*Llamad a Bianchon, él me curará!*", es la exclamación que consignan algunas biografías.

El ejemplo de Balzac pone muy claramente en evidencia las vinculaciones que pueden llegar a darse entre la creación literaria y la medicina, o, en particular, del médico. Las observaciones que a ese propósito pueden hacerse sobre los ejemplos que ofrecen la vida y la obra de Flaubert corroboran, con particularidades muy diferentes, la existencia de esos lazos que comentamos entre la tarea del médico y la del escritor.

Ya recordamos que el padre de Flaubert fue también médico; cuando fue a instalarse a Rouan debió abandonar para ello la posibilidad de trabajar como asistente de Dupuytren. Su hijo, por su parte, mantuvo siempre un interés muy grande por la medicina. Ya Sainte-Beuve se refería a él diciendo que "Cuando escribe maneja su pluma como si fuera un bisturí". Y esa frase tuvo fortuna, pero sobre todo a partir del éxito de "Mme. Bovary", donde aparecen temas estrictamente médicos, como la cojera de uno de sus personajes, Hipólito, y la historia de la desastrosa operación que el pobre médico de provincia realiza sobre él, o la ya mencionada descripción de la agonía de la protagonista luego de su envenenamiento por arsénico.

Pero más allá de ello, y sin duda más importante, es la

presencia, en su obra, de lo que el autor llamó "*la mirada médica*". Flaubert usa esa expresión en una carta en la que se refiere a *Graziella*, de Lamatine, y dice de ella que "*El autor no tuvo la mirada médica de la vida, esa visión de lo verdadero que es el único medio de lograr los grandes efectos de la emoción*". Es una frase notable, porque en ella no se refiere, para juzgar aquella obra, a elementos ocasionales del acaecer, o a la disposición de la trama, pero tampoco se refiere, con esa expresión, a particularidades de su escritura, sino a una mirada sobre la vida que procura apoyarse en la verdad profunda de los seres y de los hechos; es en ese sentido que Flaubert exalta *la mirada médica de la vida*.

No es fácil mostrar con un ejemplo breve lo que esto significa; pero acaso pueda entenderse lo que Flaubert valora si citamos aquí algún pasaje de su propia novela. Así, por ejemplo, aquel en el que se propone hacernos ver el abismo de hastío, de tristeza en el que progresivamente se siente hundir Mme. Bovary, una mujer que fue educada en un colegio de monjas, lectora de innumerables novelas que contaban vidas hermosas en lugares famosos, y que vive ahora acosada por la monotonía de la vida de un pequeño pueblo de provincia, donde es la esposa del médico pobre y torpe a quien terminará por engañar. El escritor nos la muestra en el momento de la cena. El médico llegó cansado, se sientan a la mesa; y Flaubert escribe: "*Pero era sobre todo a la hora de las comidas que ella no podía más, en esa pequeña sala del piso bajo, con la estufa que humeaba, la puerta que crujía, los muros que escurrían, los pisos húmedos: toda la amargura de la existencia le parecía servida en su plato, y con el vapor de la sopa le subían del fondo del alma como otras bocanadas de desaliento. Carlos comía despacio; ella mordisqueaba unas avellanas, o, apoyada sobre un codo, se entretenía haciendo rayas con la punta del cuchillo sobre el hule.*"

"*Toda la amargura de la existencia le parecía servida en su plato*". Me refiero al hallazgo de esta situación, a la descripción de ese momento y a la precisión con que ese párrafo nos sitúa en el centro de la vida de Mme. Bovary. Eso es lo que creo que Flaubert llamaba "*la mirada médica*".

Y déjenme que aquí recuerde todavía otro pasaje, también mínimo, como otro posible ejemplo de esa mirada a que Flaubert se refiere. Ocurre en otra de las más grandes novelas; la novela mayor de Tolstoy, *Guerra y paz*, que yo creo que es una de esas novelas que es necesario haber leído una o dos veces antes de morir. Se trata del momento en que uno de los protagonistas, el príncipe Andrés, cae herido en medio de la batalla. Es un momento de extremo peligro, cuando al ver que el soldado que llevaba la bandera cae herido, el príncipe se apodera de

ella y avanza con su batallón, mientras ve cómo, cerca de él, luchan dos combatientes, hasta que de pronto recibe un golpe y deja de verlos; está cayendo, no puede ver ya la pelea, pero sí ve de pronto, muy alto sobre su cabeza, “*el cielo inmenso —dice Tolstoy— moteado de leves nubes*”, y agrega *¡Qué serenidad, que paz! Ya no piensa en aquellos que luchaban, sino en eso que se le revela de pronto en el momento en que cae herido, y todo lo que le rodeaba deja de tener importancia: yacente contra el suelo y mientras queda como asido a solo su existencia frente a ese cielo que entonces descubre: “¿Cómo no me había dado cuenta antes de esa profundidad sin límites? ¡Qué feliz soy de haberla visto al fin!” “Sí, excepto esto, todo es vacío y decepción. No existe sino la serenidad y el reposo”*. Es uno de esos momentos en los que el narrador se hunde en el alma del personaje y pone en evidencia uno de esos estados de iluminación que trascienden las circunstancias, y todo ello merced a esa visión profunda que caracteriza a los grandes. A eso llamaba Flaubert “*la mirada médica*”.

Este es el primer punto que me interesaba destacar con referencia a una relación entre medicina y literatura. Yo diría que así como Flaubert sentía que los escritores necesitaban tener en algún grado esa mirada médica, también necesitan en ocasiones los médicos que tienen algunos escritores, y sin duda todos los grandes: que descubre la entraña última del complejo de circunstancias a las que se enfrenta.

En este sentido no parece desdeñable la experiencia que los médicos pueden recoger de los grandes escritores; una cierta familiaridad con ellos sería sin duda de gran utilidad para los médicos.

Y aquí, y antes de pasar al último tema que quiero tratar con ustedes, me parece oportuno recordar un episodio de la vida de otro escritor, que también era médico, y que tuvo oportunidad de encontrarse en una circunstancia decisiva con otro médico que actuó con él de un modo singular y admirable. Y eso sin duda porque tenía a que aludió Flaubert.

El escritor que digo es Chejov, que padeció de lo que entonces era una enfermedad terrible, la tuberculosis; y el episodio a que aludo fue el último de su vida. Chejov estaba entonces acompañado de su mujer, la joven actriz Olga Knipper, descansando en un hotel de Alemania, en Badenweiler, cuando una noche su mujer pidió que trajeran un médico; Chejov deliraba. A su llegada el médico vio las pupilas dilatadas del escritor, oyó su jadeo. Pensó que ya era tarde para todo, pero, médico al fin, le dio una inyección de alcanfor, que no surtió efecto. Entonces dijo a Olga, la esposa, que haría que le enviaran oxígeno. Pero se oyó la voz de Chejov: “*Para qué? antes que llegue esto habrá terminado...*” El doctor lo miró, recorrió con los

ojos la habitación, y fue hasta el teléfono por el que pidió una botella de Champagne, del mejor, y tres copas. “*Y de prisa, por favor*”, agregó. Cuando el mozo vino el doctor sirvió las tres copas, alcanzó dos a Chejov y a su mujer, y levantó la suya. Chejov comentó susurrando: “*Hace tanto tiempo que no bebo champaña...*” y la bebió. También Olga y el doctor. Chejov se reclinó sobre la almohada. Al minuto dejó de respirar. El doctor se llamaba Schwöhrn.

Esto lo cuenta Olga en sus memorias; por su parte Raymond Carver, el escritor norteamericano, recogió estos hechos en el relato final de su libro “*Tres rosas amarillas*”.

Y ahora, para terminar, quisiera referirme a otro aspecto de lo que, ampliando el concepto al que venimos refiriéndonos, podríamos designar como los vínculos que enlazan la medicina con las letras o, más ampliamente, con las humanidades. Porque además es cierto que en sus comienzos estuvieron muy cerca.

Para comprobarlo volveremos a una cita mencionada al comienzo, cuando nos referimos al pasaje en el que Goethe pone en boca de Wagner, el asistente de Fausto, las palabras de Hipócrates: *Vita brevis, ars longa*; breve es la vida, largo el arte. Es cierto que son importantes la cuatro palabras que Goethe cita, pero son solo las primeras de un aforismo más extenso, y para nuestro propósito es particularmente importante conocer el aforismo entero. El helenista Werner Jaeger, dedica un extenso capítulo de su obra “*Paideia*”, titulado precisamente “La medicina en la formación de la Paideia”, dedicado a mostrar la importancia que llegó a tener el pensamiento médico en la cultura griega, y en él se ocupa precisamente de aquel aforismo de Hipócrates ya citado. Debo aclarar aquí que la palabra *paideia*, debe ser comprendida como *la cultura*, y a la vez como el camino hacia ella, porque *paideia* significa también: educación, instrucción; ciencia, estudio de las artes liberales. Así leo en un léxico griego. Por eso Jaeger titula su libro con esta palabra —que es obviamente la raíz de *pedagogía*—, y por eso le dedica un importante capítulo, precisamente porque la medicina actúa en la génesis de la cultura griega y también en la génesis del posterior desarrollo de la filosofía griega.

Ello ocurre así, señala Jaeger, porque la medicina es la parte de las ciencias de la naturaleza basada en la experiencia real y la que necesita de observaciones exactas y de la acumulación de esas observaciones, porque su finalidad consiste en poder tomar decisiones, y en ese terreno las decisiones son difíciles.

Ya Platón había dicho en *El Banquete* que “el médico debe hacer que el médico que lleva el paciente consigo, que es la naturaleza, lo cure”. Es decir, que no se trata simplemente de la aplicación de un remedio preciso para cada enfermedad precisa, sino de algo mucho más complejo. El

Dr. Francisco Guerra se refiere a la *terapéutica* de la medicina hipocrática diciendo que "Indican clara y repetidamente los textos hipocráticos, que la curación de las enfermedades es obra de la naturaleza del organismo, pues la *physis* encuentra por sí misma la vía curativa sin necesidad de maestro" (I, p. 143). Y más claramente aún se refiere al *legado hipocrático* subrayando que Hipócrates "Estableció que la propia naturaleza del enfermo es el médico de la enfermedad y el arte consistía en favorecerla y no interferir en su acción ni perjudicar al enfermo".

El arte consistía entonces en equilibrar y dosificar, y para ello era necesario elegir, decidir.

Es por eso que la medicina griega aparece desde sus inicios vinculada a la filosofía, y ello hizo que fuera luego fecunda la tradición creada de ese modo. A ese propósito destaca Jaeger el hecho de que a pesar que la medicina egipcia tuvo relevancia, no generó, como la griega, un cuerpo doctrinario importante. Ello se debió sobre todo al carácter predominantemente mágico de aquella, frente a la orientación más filosófica de ésta. Eso se destaca precisamente en el texto completo de aquel primer aforismo del que usualmente se citan sólo sus primeras palabras, mientras que su más rica sustancia está en las siguientes, porque, completo, aquel aforismo dice: "*El arte es largo, la vida corta, la ocasión fugaz, el intento arriesgado y el juicio difícil*". Es un pensamiento emparentado con las exigencias de la filosofía griega, en la que se leen conceptos que implican las mismas nociones que figuran en los textos de medicina. Muy notable resulta encontrar en Aristóteles reflexiones que apuntan al trabajo de los médicos para precisar normas de pensamiento. Así ocurre, por ejemplo, en la "*Ética nicomaquea*" donde Aristóteles se refiere a los razonamientos que han de guiar nuestra conducta y observa que deben "*exigirse razonamientos adecuados a la naturaleza de la materia de que se trata*", y así concluye que en "*lo que concierne a la actividad y lo que la favorece no tiene fijeza ninguna, igual que lo que se refiere a la salud*", y más adelante reitera las referencias a la salud, que entonces asimila a la navegación, y dice que "*es necesario pues que en todos los casos los que obren observen las circunstancias particulares, como se hace en la medicina y en la navegación*".

Y bien, esta misma comparación aparece en el texto del *Corpus hipocrático* titulado *De la medicina antigua*, capítulo 9, donde, con referencia a la dosificación que ha de hacerse de los alimentos adecuados a una u otra enfermedad, alude a los efectos del alimento excesivo tanto como a los del ayuno, y a partir de estas consideraciones desarrolla uno de los pasajes más notables de aquel texto. Allí se lee: "*Y del ayuno surgen muchos otros males, distintos a los provenientes del estar repleto, pero no menos peligrosos. Por eso el asunto es mucho más complejo y*

requiere una mayor exactitud; es necesario, en efecto, tener una medida. No obstante no hallarás otra medida —tampoco de cantidad o de peso— con referencia a la cual accedas a la exactitud, que la sensibilidad del cuerpo. Por lo tanto es dura tarea adquirir conocimientos con precisión tal que solo se cometan pequeños errores aquí y allá. Por mi parte, elogiaría entusiastamente al médico que cometa pequeños errores (el acierto puede ser visto pocas veces), ya que a la mayoría de los médicos les sucede, en mi opinión, lo mismo que a los malos timoneles. En efecto, cuando éstos cometen errores mientras pilotean con viento calmo, no quedan al descubierto. Cuando los envuelve una gran tormenta con un viento violento, en cambio, es evidente para todos los hombres que es por causa de la ignorancia y error de los timoneles que se ha perdido la nave. Así también los malos médicos —que son la mayoría—, cuando tratan a hombres que no tienen nada grave, cometen los peores errores sin producir efectos terribles (es el caso de la mayoría de las enfermedades, que afectan a los hombres con mucha mayor frecuencia que las enfermedades graves). Al equivocarse en esas situaciones, los errores no son manifiestos a los profanos. Pero cuando se encuentran con una enfermedad de gran magnitud, violenta y peligrosa, entonces sus errores y su falta de conocimientos técnicos resultan evidentes a todos. Y en efecto, los castigos en cada caso no tardan mucho en llegar, sino que se presentan rápidamente."

Es este probablemente uno de los pasajes que nos muestran con mayor claridad la frescura de ese pensamiento alerta y exigente que hizo que, de la consideración filosófica de los temas que el médico debe enfrentar, resultara un sólido fundamento para los posteriores desarrollos de la práctica médica.

Las referencias a los textos atribuidos a Hipócrates fueron tomados de citas de la obra de Werner Jaeger y de la versión castellana del titulado "De la medicina antigua", según las siguientes publicaciones:

Joeger W: *Paideia: los ideales de la cultura griega*. México, Fondo de Cultura Económica, 1957.

Hipócrates: *De la medicina antigua*. México, Universidad Autónoma de México, 1991.

Algunas otras referencias fueron tomadas de las siguientes Historias de la Medicina:

Guerra Francisco: *Historia de la medicina*, Madrid, Norma, 1982: Tomo I.

Guerra F. *Historia de la medicina*. Madrid: Norma, 1985: Tomo II

Robinson Victor: *La medicina en la historia*. Buenos Aires, Ed. del Tridente, 1947.